

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELLA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 41

LADRONES DE CANADO

15 cts.



Agarró por el cuello al facineroso...

LADRONES DE GANADO

Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección
«Selecciones Cines». Gran Vía Layetana, 33 - Barcelona

I

MATANDO a ese hombre no se sentiría saciado y satisfecho del todo mi odio! Porque la muerte no es nunca un castigo bastante duro y una venganza grande y completa!

«Yo le haré más daño que disparándole en pleno pecho todos los tiros de mi revólver o hundiéndole en su aborrecido corazón mi antiguo y querido cuchillo de *cow-boy* de otra manera que todavía ignora!

Salieron estas palabras silbantes de rencor de los labios de un hombre que frisaría en los treinta años, cuyas facciones, sin ser fea, inspiraban un instintivo recelo. Sombreada su labio superior un leve bigotillo. Sus ojos grises y grandes despedían fulgores siniestros mientras se expresaba como hemos referido.

Hizo una pausa, durante la cual ninguno de los cuatro oyentes que lo escuchaban, sentados a su alrededor, bajo la frondosa copa de un árbol, formuló la menor objeción.

John Sullivan, éste era el nombre de aquel corpulento y rudo individuo, ejercía sobre los hombres que tenía a su lado un imperio absoluto y era obedecido, temido y respetado sin vacilaciones ni límites.

Al fuego y al agua se habrían arrojado aquellos cuatro sujetos si él lo hubiese mandado.

Por fin, añadió:

—¡Lo que yo sufrí en los tres años que estuve en presidio por culpa de mi antiguo y aborrecido

amo, no lo podría decir mi torpe palabra! ¡Ciento cincuenta y seis semanas encerrado! ¡Más de mil doscientos días sin poder respirar el aire de la libertad! ¡Ah, qué martirio más horrible para un hombre de mi temple, en la flor de la vida, con mi fuerzas y las ilusiones que yo entonces acariciaba!...

«¡Y Barlett, mi odioso amo, habría podido evitar ese inenarrable sufrimiento con sólo pronunciar una palabra cuando compareció a declarar ante el tribunal que me condenó, y sus malditos labios no quisieron pronunciarla!

«¡Creía acaso que no saldría vivo de la cárcel y estaría la pata antes de cumplir mi condena?

«¡Ahora estoy libre, señor Barlett, y soy tan fuerte como antes y más malo que nunca! ¡Nos veremos, pues, las caras!

Dirigió los puños crispados en la dirección del rancho de ese nombre, con el rostro convulso por el odio, y volvió a guardar silencio.

Uno de sus amigos se atrevió a preguntar:

—Pero... ¿declaró la verdad ante la justicia?

—¡Tal vez!—respondió Sullivan encogiéndose de hombros.

—Así, pues, ¿fuiste tú el agresor del vaquero Wallace y quien le arrebató la cantidad que había sacado de la venta de una manada de vacas?

—¡Tal vez!—volvió a responder el siniestro Sullivan.

—¿Cree que habían detenido como sospechoso al que es hoy capitán del rancho Barlett?

—Sí, lo detuvieron. Yo hice que

todas las apariencias lo acusaran y lo conseguir. En su apuro encontró la justicia la enorme cartera del vaquero Wallace, sin sus abundantes billetes por supuesto. Y él no supo cómo justificar aquel objeto en su estancia, ni suponer quien pudo dejarla allí, excluidas sus manos...

«De mí no sospechaba ni remotamente, porque el rencor que yo le guardaba en lo más hondo del corazón, jamás se lo había manifestado.

«¿Por qué odiaba yo a aquel mozo que entonces no contaba aún veinte años? ¿Porque lo sabía ya mi afortunado rival en el amor de Rosa, la preciosa hija de Bartlett? Si, yo quería a aquella muchacha de los cabellos de oro y los ojos de cielo con una pasión de infierno... y cuando me convení de que jamás me otorgarían sus divinos ojos una mirada de ternura, aunque me vieran sufrir los peores tormentos, y averigüé a qué se debía la especie de repugnancia y la frialdad que yo le inspiraba, entonces juré perseguir con un odio sin freno hasta la muerte a ella, a su padre y al joven Sarkey.

«Entonces juré hacerles todo el daño posible! Desempeñaba yo a la sazón el cargo de capataz, y podía realizar mi juramento sin que ninguno se enterase.

«En pocos meses desaparecieron del rancho cincuenta vacas, las más hermosas de los establos, sin que recayesen sobre mí las sospechas!

«Y, sin embargo, era mi voluntad, era mi cerebro el que planeaba aquellos robos de ganado que tan impunes quedaban y que, de continuar en lo sucesivo, acabarían por empobrecer, o poco menos, al padre de la desdichada y alivia Rosa!

«Un día me llamó Bartlett a su despacho y, sin más preámbulo, me dijo:

«—Como estoy muy disgustado y

descontento de ti por el desruído y la ineptitud con que desempeñas el cargo de capataz de algún tiempo a esta parte, quedas despedido desde este momento.

«En tu puesto pondré otro hombre más celoso de su deber y de mis intereses! ¡Ese hombre es el joven Sarkey!

«Me subió la sangre al cerebro en oleadas de locura... El afán de matar se apoderó de mi ser y, sin embargo, fingiendo una serenidad a que era por completo ajeno, respondí:

«—¡Ojalá no se equivoque usted ni se arrepienta del atropello que comete conmigo!

«Aquel mismo día supe que el vaquero Wallace había vendido a mi ex amo dos docenas de vacas cuyo precio se le entregaría al siguiente en el rancho...

«Lo que después ocurrió, ya lo sabéis! Lo que ocurrirá de aquí en adelante sólo Dios o el diablo podría decirlo! Pero Bartlett y yo tenemos que saldar esa antigua deuda y quedará saldada a mi completa satisfacción.

«¿Puedo contar con vosotros, verdad?

—Incondicionalmente — respondieron casi a coro sus cuatro oyentes, *cow-boys* rudos, de almas primitivas y feroces, habituados a cometer toda clase de tropelías.

—A partir de mañana residiremos en el rancho del viejo Bill, que ha pasado a ser de mi propiedad. Lo he adquirido con todo su haberlo por cuatro centavos, como quien dice...

«Seremos, pues, algo vecinos de Bartlett y de su servidumbre... de coyotes sarnosos y búzardos, y les haremos una guerra seria y continua robándole lo que podamos hasta dejarlo sin una vaca, sin un caballo!

«Ah, quisiera verlo más pobre que un mendigo! Quisiera verlo infeliz y desgraciado... y lo conseguiré... Esto último lo conseguiré

muy pronto... porque le robaré su tesoro más preciado, su hija, a la que ama con pasión inmensa.

«Ahora, en marcha, compadres. Tenemos un gran porvenir, yo os aseguro que si la suerte me favorece, pronto seréis todos, obedeciendo mis órdenes, algo ricos...

«Los cuatro me inspiráis una confianza tan grande, tan absoluta e ilimitada, que no se verá defraudada en lo sucesivo. Os he hablado con el corazón en los labios, sin ocultaros nada de lo pasado y enturbandos de mis planes y proyectos en el futuro...

«Cierda que el pasado está ya muerto! ¡Pague mi deuda! ¡Extinga mi condena! La justicia no me exigirá ya cuentas por lo que hice, después de haberme condenado sin pruebas, por convicción moral de que yo era, y no Gene Sarkey, el culpable...

«Si no hubiera declarado en mi contra Barlett, no yo, sino Gene Sarkey habría sido encerrado!... ¡Maldito sea ese viejo coyote larguirucho y sarnoso!... ¡Me las pagará!

«En marcha, amigos!

Esto diciendo, púsose en pie, adentrándose seguido de sus hombres, en un cercano bosque, en el cual habían dejado sus caballos atados a unos árboles.

II

La anterior conversación, demasiado concisa para relatar por completo los hechos que en ella se mencionan, da, no obstante, una idea clara de la situación y los antecedentes de los personajes que figuran en nuestra narración.

Cuatro días después reinaba en el rancho Barlett una vaga alarma por la desaparición de diez vacas y dos soberbios caballos que una

hábil ladrona habían sacado por la noche de sus establos con tanto sigilo como éxito...

En vano denuncia Barlett esos hechos al *sherif*, insinuando que solamente un hombre podía ser el autor de los mismos, o sea John Sullivan.

Severo y enojado el *sherif* le atajó diciendo:

—¡No prosiga usted! Le prohibo acusar a ese hombre sin tener contra él pruebas concretas y terminantes... ¿Dispone usted de esas pruebas?

—¡Sus antecedentes me inducen a sospechar de él!

—¿Sus antecedentes?

—Sí.

—Se que fue condenado a tres años de cárcel por el robo a Wallace. Pero su culpabilidad no quedó demostrada.

—¡Ah! Se conoce que es usted amigo de mi antiguo capataz—dijo el padre de la hermosa Rosa.

—¡No lo niego! Esa amistad no me avergüenza. John Sullivan se comportó siempre como un hombre leal y honrado!

«¡Si usted le aborrece, allá se las haya con él!

Este fue el resultado de la visita del ranchero Barlett a la primera autoridad de aquella comarca.

Apresuremos a decir que la amistad del *sherif* Howes y de Sullivan se debía a motivos inconfesables, es decir, a una antigua complicidad en el contrabando de armas, destinadas a los rebeldes mexicanos.

Sullivan recibía en el rancho de que era propietario, enormes cajas de armas y municiones que unas veces a través del valle y otras escalando cerros, y siempre de noche, eran conducidas más allá de la frontera americana.

Howes estaba enterado y participaba en aquel odioso negocio del que obtenía lo mismo que Sullivan, pingües beneficios.

Y ahora habían convenido reanu-



—¡Si no fuese usted tan viejo!...

darto la digna pareja, pues la guerra civil, la más horrible calamidad que puede padecer un país, volvía a asomar su siniestra catadura en México.

Cuando regresó Barlett a su finca, entró a su valeroso y fiel capataz del resultado de su viaje.

—Tendré que ir yo a ver ese hombre! —dijo Gene aludiendo a Sullivan— Hace mucho tiempo que no creía verme obligado a manejar el revólver; pero desde que tenemos a ese redomado bribón, no hago más que recibir disgustos y trifulcas. Es preciso hablarle claro y alto de una vez! ¡Es un hombre vil y solapado, capaz de llevar a cabo la traición más infame! Es nuestro peor enemigo! ¡Y el hecho de haber adquirido el modesto rancho del viejo Bill, que linda con el nuestro, me da mucho que pensar!

«En fin, le propondré que se largue luego de vendernos lo que él ha comprado!

«¿Me autoriza usted a entablar estas negociaciones?

—¡Sí, querido Gene! Ya sabes que, desde que te nombré capataz en sustitución de Sullivan, has tenido toda mi confianza...

«¿Cómo podía ser de otra modo? Mi hija y tu os queréis... y en breve serán esposos. Por lo tanto, puedes hacer las cosas como si fueses aquí el verdadero amo...

«Las cosas no pueden continuar así... pues nuestras compactas mandadas llegarían a desaparecer del todo de no ponerles un pronto y eficaz remedio.

—¡Yo pondría esta mano en el fuego—dijo Gene con acento sombrío, extendiendo su diestra—y no me la quemaría, a que los ladrones de ganado que nos han robado es-

los días se cobijan en el rancho Sullivan!

«¡Si no obramos con rapidez y energía, antes de dos meses la comarca estará infestada de bandidos y bribonas de toda vena!... Confío y espero en que las cosas se arreglen sin necesidad de luchar...

«¡Pero si no hay más remedio que luchar, lucharemos!

III

Cuando recibió Sullivan las breves líneas según las cuales le interesaba presentarse en el rancho de que en otro tiempo fue capataz para tratar de un asunto muy importante, asomó a su rostro una maligna sonrisa, dejando entrever sus dientes blancos y agudos como los de un lobo.

—¡Comienzan a tenerme miedo! —murmuró satisfecho.

Dos horas después era recibido por Gene Sarkey en el porche del rancho.

—¡Le he llamado a usted para proponerle algo que tal vez le convenga!

—¡Yo creí que deseaba hablarme el señor Bartlett! —repuso Sullivan con frialdad.

—¡Tengo plena autorización de mi jefe y lo que yo haga estará bien hecho!

—¡De qué se trata?

—Sullivan, ¿quiere usted vender el rancho de que es usted propietario desde hace un par de semanas?

Mientras le dirigía esta pregunta, los penetrantes ojos de Gene Sarkey escrutaban la fálax fisiognomía de su rival con atento fijeza.

—¡Por Júpiter! —exclamó el leñón—. ¡Cualquiera otra cosa repa-
raha yo menos esa! ¡Por vida de...!
¡Qué proposición más disparatada!
¡Como han podido ustedes pensar siquiera que yo la aceptaría?

«¡No, amigo! He aquí mi respuesta...

—¡Entonces, nada más hemos de hablar sobre ese asunto! Pero si que hemos de tratar de otras cosas... —dijo Sarkey con el guapo y varonil semblante, envarado, rígido, en el que los ojos brillaban con un fulgor extraño.

—¿Qué es ello?

—Lo siguiente... En mucho tiempo, desde que yo ejerzo el cargo de capataz en este rancho, no hemos tenido que lamentar el robo de una sola cabeza de ganado. Y he aquí que de unos días acá, a pesar de mis provisorias órdenes, a pesar de mi avizora vigilancia, han desaparecido de nuestra pampa o de nuestros establos, de un modo misterioso, varias vacas y dos caballos.

«Esto revela que cerca de nuestro rancho acecha una cuadrilla de ladrones...

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? —le interrumpió Sullivan sonriendo con mofa.

—Eso es usted quien lo sabe!

—Nada sé, nada me importa saber de los contratiempos y disgustos que le ocurran al señor Bartlett, ni de sus alegrías y prosperidades.

—¡Voy a hacerle a usted una advertencia, Sullivan! ¡Voy a tratarle con un miramiento que usted no merece, rogándole que negocie usted la venta de ese rancho lo más pronto posible!... Si no quiere usted cedersele a mi jefe, vendásele a otra persona... No le será difícil hallar un comprador... De un modo o de otro, marchese, Sullivan, de esta comarca...

—¡Ni pensar! En esta comarca permaneceré hasta que lleve a cabo la misión que me impuso al fijar en ella mi residencia...

—¡Y esa misión consiste, precisa y estrictamente, en hacer todo el daño posible a mi amo! ¡No es eso?

Estremecióse levemente Sullivan.

—¿Por qué negar —exclamó con

voz sorda — que yo aborrezco con toda mi alma a ese hombre?

—¿A él sólo? ¿A mí no, Sullivan?

Esta pregunta quedó sin respuesta...

—¿Por qué no contesta usted con franca verdad?—insistió Sarkey.

—Con usted nada tengo ya que hablar ni tratar—respondió evasivamente—. Si su jefe quiere verme, con él si que conversaría un rato...

—¡Mi jefe no puede recibir a un hombre como usted!...

Palideció de rabia Sullivan y, con pérdida intencional, dijo:

—¡Es muy natural que tenga recelo y hasta miedo! Me hizo mucho daño injustamente y la conciencia le recuerda, o mejor dicho, teme la represalia.

—¡Se equivoca usted de camino, ha errado el blanco, compadre! Mi jefe está absolutamente seguro de que salió usted demasiado bien librado de aquel percance.

—¿Algún día saldrá de su error! Y ese día no tardará en llegar... Repítale usted estas palabras y, además...

—Cállese usted, Sullivan, y márchese de aquí, ahora que aún puede hacerlo por su propio pie...

—¿Me amenaza usted? —bramó aquél, cuyo semblante se volvió de púrpura.

—¿Y si así fuera, qué? ¿No me cree usted hombre capaz de amenazarle y de cumplir mi amenaza? ¡Si lo duda, pronto puede usted convencerse!

—¿De qué modo?

—¡Ahora mismo vamos a salir ahí fuera los dos y saldaremos nuestras antipatías y rencores de una vez para siempre!

—¡En este momento no me es posible aceptar su reto!—se excusó Sullivan—. Pero...

No pudo continuar, porque el poderoso brazo de Sarkey, cayendo sobre su hombro, le obligó a girar

sobre los talones como si fuese un muñeco.

—O se larga inmediatamente o me verá obligado a tratarle de un modo que habrán de intervenir sus hombres para sacarlo de aquí... ¿Se que me odia? ¿Por qué? No lo sé. Pero si no es usted el cobarde y despreciable rastro por que siempre le he tenido, demuéstrole claramente, de hombre a hombre.

—¡Si que le odio!—aulló Sullivan—. ¿Quiero saber usted por qué? ¡Voy a decírselo! ¡Le odio porque he pagado una culpa que era suya, porque he pagado un delito que usted cometió! No me cabe duda ahora de que fué usted el miserable saltador de Wallace...

«¡Ah! ¡Tiemblo, Sarkey, tiemblo! Porque en cuanto reúna las pruebas de lo que digo, vendrán a buscarle a usted y saldrá de aquí amanillado. Hace tres años le salvó la protección del padre de una muñeca caprichosa y extravagante que...

El valeroso y honrado capataz no dejó proseguir a su execrable calumniador.

Levantó el brazo y asestóle una sonora bofetada que lo tumbó de espaldas.

Luego, inclinándose sobre su enemigo, le dijo con acento sereno:

—¿Cuándo aluda a esa mujer delante de mí, la trataré con el mayor respeto, llamándola señorita Rosa Bartlett! ¡Queda avisado! ¡Levántese y lárguese!... Y procure no venir por aquí a enseñar su odiosa fisonomía, porque tal vez viéndole no podría reprimir el impulso de aplastarlo como a un gusano...

Sullivan se puso en pie. Todo su cuerpo temblaba de ira. El miedo y la convicción de que su enemigo era más fuerte que él y más valeroso, lograban dominar la cólera que lo poseía.

Profiriendo, pues, imprecaciones y denuestos, se puso en pie y alejándose montó en su caballo, des-



La victoria de Sullivan fué muy breve...

apareciendo al poco rato de la visita de Sarkey que, erguido como allí era, lo contemplaba con los brazos cruzados.

—Temo —murmuró pensativo— que me verá obligado a emprender a tiros a ese malvado y traidor sujeto. En lo sucesivo el velo me encenderá la sangre; su repulsiva persona será para mí lo que un trapo rojo para el toro.

IV

A partir de aquel día, el sosiego, la dulce paz y la dicha apacible que durante tanto tiempo habían reinado en el rancho Bartlett, desaparecieron.

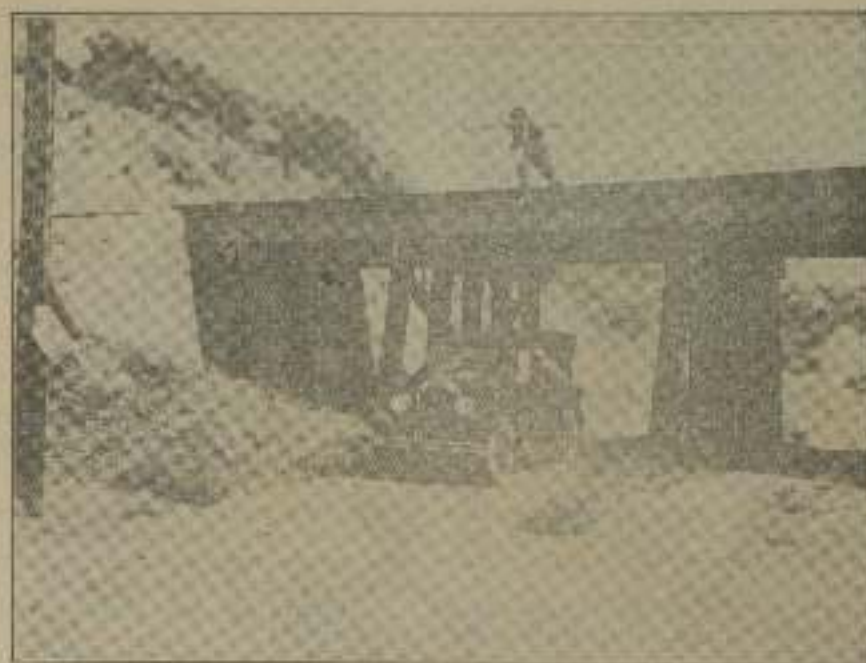


Bartlett denunció esas robos al sheriff...

LADRONES DE GANADO

Genial interpretación del célebre cow-boy y extraordinario caballista

WALLY WALES



En aquel puesto acuchaban varios bribones...



—¡Te voy a arrancar la alma de bandido!

El hada de aquella mansión, adorada con veneración por cuantos hombres de almas locas, rudas y primitivas prestaban servicio, era presa de una inquietud angustiosa.

Barruntaba peligros, tanto más grandes y terribles cuanto que ignoraba en qué podían consistir, por doquiera.

Participaba de la honda aversión que a su padre y a Gene les inspiraba Sullivan. En todo hombre, por perverso y encasillado que este, persiste un vestigio, en el fondo de su naturaleza, de bondad, de honradez y de nobleza.

Pero en el antiguo capataz de só grito creía acotada del todo esa reserva. Considerábalo, pues, un ser sin corazón y sin conciencia, y lo mismo que Gene, al que quería con un apasionado amor, juzgábalo capaz de las mayores vilezas.

Evocaba en su memoria recuerdos del tiempo en el que el ex-presidario ejercía el cargo de capataz, y con vertiginosa rapidez y prodigiosa exactitud volvía a vivir escenas pasadas, oír palabras, rememorar hechos del odiado Sullivan, sus homenajes, su disimulado cortejo... y la sombra que cierta noche, cuando la entlazaban los brazos del noble, enamorado y valiente Gene, percibió destacarse entre la obscuridad barbotando confusas palabras...

Aquella sombra era la de Sullivan, que los estaba espionando... Luego ocurrió el atraco al rico Wallace, del que fue acusado su idolatrado Gene...

Ah, el dolor y la desesperación que entonces desgarraron su enamorado corazón no se podría decir con palabras!

Y cuando el autor de sus días le notificó que dos delegados del *sheriff* se habían presentado en el rancho para capturar a Gene, la enamorada criatura lanzó un grito que era algo más que la queja de un corazón herido.

La pobre niña creyó agonizar.

—¡Sálvalo, padre mío! ¡Es inocente! Yo juro que es inocente, Gene! ¡El, ladrón! ¡El, tan noble, tan austero, tan bueno!

—Si quieres que viva, sálvalo! ¡Tranquilízalo, hija mía! Gene no irá a la cárcel.

—¡Es inocente!

—¡Aunque no lo fuese! Tú lo quieres...

—¡Con toda mi alma! ¡Mas que a mi propia vida! ¡Pero no dudes de su inocencia! ¡Duda antes de mi amor de hija!

—¡Repito que te tranquilices!... Soy rico, y en estos casos, la riqueza es una palanca prodigiosa, mágica... y tiene un poder que todo lo alcanza... Con el oro no hay voluntad que resista... Sin embargo, preferiría que la inocencia de Gene fuese reconocida y proclamada

—¿Quién le acusa?

—Se ha encontrado en su cuarto la cartera de Wallace... Es un indicio terrible.

—¿Porque otras manos la han dejado allí para perder a Gene?... exclamó Rosa con la más completa convicción.

—¿Qué otras manos, hija mía? —preguntó Barlett muy pensativo.

—¿A quién pertenecen?

—¿A alguien que le odia!

—¿Sospechas de alguno?

—Sí.

—¿De quién, hija mía?

—¡No sospecho... estoy segura de que John Sullivan, el capataz despedido, aborrece a Gene!

—¿Por cuál motivo?

—El mayor de todos los motivos que tiene para aborrecerlo es que... yo... padre mío amo inmensamente a Gene, y lo desprecié a él...

—¿Podría ser que acertases, niña querida!

Barlett, con estos antecedentes y gobernando influencias que sólo el oro puede atraerse, libró a Gene de las zarpas de la justicia, declarando, además, que solamente un hombre estaba enterado de que había de entregar a Wallace una crecida suma.

Este hombre era su ex capataz, del que dió referencias sinceras que no le favorecían nada...

Y detenido e interrogado Sullivan incurrió en algunas contradicciones, reveló en su rostro y en su voz ese temor que sólo allera a los culpables, y por convicción moral, la justicia le impuso una pena leve, comparada con los severos castigos que suelen recibir allí los ladrones, condenándole a tres años de cárcel...

V

No eran infundados sus temores de la enamorada Rosa. Un peligro

se cernía sobre su inocente cabeza, el peligro más terrible que puede temer una joven honrada y para.

Sullivan lo tenía ya todo preparado y dispuesto para dar el golpe definitivo.

El miserable, sordo de malicia y de venturanza, activó aquel día los preparativos para una próxima excursión nocturna que llevarían a cabo sus hombres.

Había logrado reunir una verdadera hueste de bandidos cuyos rapaces instintos asociaba con las promesas más halagadoras.

En pocas palabras vamos a referir en qué consistía su infame maquinación. Dentro de tres ó cuatro noches una treintena de sus secuaces invadirían el rancho Barlett, entrando a saco.

Nadie les cortaría el paso. En casos semejantes, ante una invasión de bandidos, la servidumbre de un rancho, no opone nunca resistencia ni entabla la lucha, sino que se apresura a huir y desaparecer.

—Los hombres de Barlett—decía con voz enardecida—son unos peones sin agallas, del primero al último, sin exceptuar al mismo Gene Sarkey. ¡Vuestra empresa no será, por lo tanto, ni difícil ni peligrosa! En cambio, sacareis de esa hazaña un verdadero canal. Pero no olvidéis que el principal objetivo de nuestro golpe, consiste en apoderarse de la bella hija de Barlett.

«¡Ah, ah! Voy a reírme hasta el fin de mis días cuando tenga a esa orgullosa y desdichada mujer en mi poder... más allá de la frontera, y la obligue a ser mi esposa o mi amante, mi juguete...

«O me hace feliz con su amor sumiso y fiel, o de lo contrario yo la haré a ella la más desgraciada mujer de la tierra!

El malvado se expresaba con un furor salvaje, con demente exaltación, ante la pandilla de cómplices que lo rodeaba.

Comenzaba a anochecer y el té-

trico aullar de los coyotes se percibía en la lejanía.

—¡Eh, compadres! ¡A esta hora, de aquí a tres ó cuatro noches emprendaremos la marcha! ¡Tenéis bien presentes mis advertencias y mis órdenes!

«¡Al que ofrezca resistencia, lo tumbaréis de un halazo! Pensad que después de esta aventura, os podréis reír de la caballería americana, de su justicia y de sus cárceles, porque todos nos largaremos más allá de la frontera. Y una vez allí, los hombres valientes como nosotros tendrán un empleo digno y adecuado de su bravura, porque hacen falta gente habituada al *fuego*.

«En una palabra, seréis guerrilleros de uno de los cabecillas más poderosos de la revolución que en breve estallará en México contra el presidente.

«¿No os halaga tan brillante perspectiva?

La gavilla de facinerosos refugiada en su rancho respondió con anónimo alarido de entusiasmo.

Cuando cesaron los murmullos, John Sullivan añadió:

—Quizas no me veáis hasta la noche en que hayamos de dar el asalto al rancho Barlett! No os extrañe ni alarme mi ausencia, pues se deberá a asuntos relacionados con el porvenir de todos nosotros.

«¡Pero os recomiendo que no cometáis aquí, mientras yo esté fuera, desmanes y abusos que puedan enojarme!

«¡Solamente os autorizo a que repuláis en perjuicio del más odiado de mis enemigos, las visitas nocturnas a su rancho, con la destreza y el sigilo que lo habéis hecho ya varias veces, para robarle el ganado que podáis!

«En el desgraciado caso de que fueseis descubiertos y caíades, ya sabéis lo que habréis de declarar. ¡Tenéis bien aprendida la lección, no es cierto!



*¡Se contemplaron con un amor
inmenso!*

—¡Sí, sí!—respondieron a coro varias voces.

—A mí no me conocéis ni me habéis tratado en vuestra vida!—dijo Sullivan—. ¡Esa es la consigna! ¡Cumplidla, pues, yo os aseguro que aún cuando os llevasen a la cárcel, no estaréis en ella ni una semana siquiera!

¡Llevaría a cabo el execrable Sullivan la infernal fechoría que tramaba contra la bellísima y dulce Rosa?

Pronto lo sabrán nuestros lectores.

Gené Sarkey, previendo el peligro, había adoptado también las oportunas medidas para salvar no ya los bienes tan sólo que se le habían confiado, como también para poner fuera de todo riesgo su seguridad personal.

Al contrario de lo que suponía el traidor Sullivan, contaba con la incondicional fidelidad de media docena de rufos y bravos hijos del desierto, seis *cane-boys* acostumbrados a luchar contra las fieras y los hombres.

Estos estaban encargados de la vigilancia nocturna del inmenso rancho, desde el último robo de ganado que en él perpetraran los facinerosos de Sullivan, recorriéndolo de parte a parte, en todas direcciones, jinetes de veloces caballos

Por consiguiente, ya no sería posible a la chusma de Sullivan, invadir los dominios de Barlett a favor de las tinieblas y el silencio de la noche, con la impunidad y el secreto de las otras veces.

Pero estas medidas sobresaltaron, como ya hemos dicho, de tal manera a la apasionada Rosa, que vivió sumida de continuo en una especie de terror.

VI

La misma noche en que Sullivan pronunciaba ante su horda las palabras que hemos referido, el propietario Barlett llamó a Sarkey y le dijo:

—Tenemos que hablar, querido Gené, de una decisión que hemos adoptado Rosa y yo. Se trata de vivir los dos en la cercana ciudad durante una temporada...

«Actualmente aquí, en el rancho, nuestra existencia es una continua zozobra. ¡No es que yo tenga miedo, Gené! ¡No lo tengo, pero mi hija... es una mujer... casi una niña... y si por desgracia llegase a presenciar una escena violenta, una de esas escenas de que yo recelo sea teatro mi finca el día, o mejor, la noche menos pensada, el susto que recibiría la pobrecilla podría tener funestas consecuencias!

«Además, desde hace unos días me asaltan unos vagos temores. Casi vergüenza me da el decirlo, pero es lo cierto que tengo miedo de quedarme sin ella, de que me la roben.

—¡Ah! ¡Estando yo a su lado, para ampararla y defenderla, esa catástrofe o la padecerá usted nunca!

—Mejor será evitar la ocasión y poner entre el infame Sullivan y nuestras personas la mayor distan-

cía posible durante una temporada... ¿No opinas lo mismo?

Gene hizo un gesto afirmativo con la cabeza, preguntando seguidamente:

—Y Rosa, ¿qué dice?

—¡Oh, ella te quiere tanto, que rehusó alejarse de ti! ¡Pero mis razones y ruegos lograron convencerla! ¡Ayúdame tú a hacerla emprender el viaje satisfecha y confiada! ¡Me lo prometes, Gene?

—¡Sí, con mucho gusto, porque yo también creo que Rosa, en caso de que aquí se desencadenase por una causa u otra una lucha en la que tomasen parte los revólvers, se asustaría demasiado!

—¿Y esa lucha la crees probable, verdad?

—Sí; la creo inminente y muy cercana. ¡Sé que el rancho de Sullivan es una guarida de gente peligrosa y sospechosa!

—Y no me asombraría lo más mínimo que maquinasen contra nosotros una infame celada!

—Pero que vayan con pies de plomo, pues se llevarán chasco si imaginan que nos van a pillar descuidados y dormidos!

—¡Al contrario, vivimos bien alerta!

—¡Te creo, Gene! ¡Y no abrigo ni sombra de duda de que nuestros enemigos acabarán por reci-

bir una lección ejemplar, un escarmiento saludable! ¡Ahora ve a hablar con Rosa!

Un momento después los dos enamorados, con las manos enlazadas, se contemplaban con inmensa ternura.

—¡Has de ser valerosa, Rosa mía, y soportar con entereza nuestra corta separación!

—Pero si no tendré un momento de sueño al pensar que tú estás aquí expuesto a Dios sabe qué horribles peligros!

—¡Bah! ¡Bien sabes que no me asustan los peligros! ¡Desde niño estoy afeitado a ellos! ¡Un cowboy, un perfecto vaquero, debe desear el peligro... porque es la sal de su existencia!—respondió el valeroso Gene sonriendo.

—¡Mañana, pues, os llevaré en el coche a tu padre y a ti hasta la estación más cercana y allí nos despediremos.

VII

Acomodados padre e hija en un cómodo *auto*, cuyo volante manejaba Sackey con insuperable pericia, partieron de viaje.

Por el camino tuvieron un encuentro por demás desagradable, linete en un soberbio caballo se cruzaron con el perverso Sullivan. El ruido trepidante del motor espantó a la noble bestia que recobró por la pendiente de una pequeña sima que bordeaba el camino en aquel sitio, derribando a Sullivan.

Pero la aparatosa caída no tuvo las consecuencias que hacían prever. El malvado Sullivan, no pudiendo contener la cólera que lo invadía, comenzó a proferir insultos y amenazas contra los ocupantes del automóvil.

Entonces Gene saltó del pascan-



... una enfermedad que le afectó la vista...

le, desoyendo los ruegos que le dirigian Rosa y su padre para detenerle, y ciego de furor se precipitó por el empinado declive de la sierra.

Barlett y su hija lo siguieron.

Habiendo resbalado el bravo Gene, al llegar al fondo cayó de espaldas, y el traidor Sullivan se arrojó contra él como un tigre.

Pero su victoria fue breve. Gene logró libertarse de las zarpas de su agresor, al que asestó luego varios puñetazos que lo hicieron rodar por el suelo como una masa inerte.

De no contenerlo su amada y su jefe, en un acceso de la violenta cólera que le abrasaba la sangre, tal vez habría Gene rematado a su enemigo...

—¿No sería preferible pegarle cuatro tiros en la frente? —rugió Sarkey llevando su diestra a la culata de su revólver.

Dando un grito de terror, Rosa le cogió el brazo, exclamando:

—En nombre del cielo, deja a este hombre! ¡Vamos, amado mío!

Infundía espanto ver el alevoso rostro del hijo del desierto, con sus ojos relampagueantes de odio, encendida la color, apretados los labios, encorvado el cuerpo sobre su enemigo, como un león dispuesto a saltar sobre su presa...

Por fin, dejóse convencer y se reanadó el viaje. Pero cuando regresaba al rancho por el mismo camino, ocurrióle el percance que vamos a referir con la mayor brevedad.

Al pasar por debajo de un puente, divisó cerca a dos sujetos apostados a ambos lados del camino. Uno de ellos llevaba arrollado el terrible lazo de los cazadores de caballos.

Sarkey detuvo la marcha y la terrible cuerda le rozó la cabeza. Entonces vió que el otro truhán se metía en el coche, quizás creyendo ya preso en el lazo a su chofer, y con la miserable intención de largarse con él.



Se abrazaron amo y criado...

Pero el novio de Rosa con gran agilidad saltó a su lado y cogiéndolo por el cuello con una mano, con la otra le asestaba una tanda de puñetazos. Luego lo arrojó al camino como a un muñeco de paja.

Arriba, en el puente, estaba ya el tirador del lazo vomitando denuestos y maldiciones. Pero bastó que nuestro héroe hiciera ademán de sacarse el revólver para que aquel boyera como alma que lleva el diablo.

VIII

Aquel día y la noche que lo siguió abundó en lances y peripecias de toda índole.

Sarkey sostuvo una acalorada disputa con el padre del corrompido *sherif* Howes, el amigo y aliado de Sullivan.

Y por la noche, los centinelas nocturnos encargados de vigilar el rancho, avisaron a su capataz la presencia de gente extraña.

Era verdad. El mismo Sullivan, acompañado de media docena de secuaces había penetrado en el rancho, que le era tan conocido como su propia casa.

Esta visita le fué aciaga. Agazapado en unas muletas, Sarkey le salió al paso, derribándolo en un abrir y cerrar de ojos, y luego de amarrarlo, lo encerró en un aposento, del que lo sacaron al día siguiente dos agentes de la caballería americana.

Y actualmente es uno de los reclusos más peligrosos de la famosa penitenciaría de N., de la cual fué nombrado por el tribunal que lo juzgó pensionista perpetuo.

En cambio, Gene Sarkey, después de una grave enfermedad que le afectó la vista, y durante la cual su novia lo cuidó y asistió con una ternura y una abnegación más propias de un ángel que de una criatura humana, contrajo enlace con la bellísima y rica heredera del rancho Bartlett.

¡Bien conquistada y merecida tenía, en verdad, el bravo y leal cowboy, la felicidad y la riqueza que alcanzó por fin!

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

EL VALIENTE

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

Es la publicación más interesante y económica que ahora puede adquirirse

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. — Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

1. EL HURACAN DE TEXAS.
2. CONTRA VIENTO Y MAREA.
3. EL VALLE DEL MISTERIO.
4. EL REY DE LOS JINETES.
5. LOS PUÑOS DE TOM TYLER.
6. LOS LOBOS DEL FAR-WEST.
7. LA LEY DEL TORTAZO.
8. EL CULPABLE.
9. DE SENORITO A VAQUERO.
10. EL «GAVILAN DE LA PRADERA».

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Coleccione usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 188 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Bonafant, 225. — Barcelona